



Mercado solidario

Félix Rodríguez Vaquero

Aún no ha despertado el día, pero el Mercado de Puente de Vallecas ya se prepara para una frenética jornada de trabajo. Sus más de doscientos puestos, esparcidos en dos plantas a diferentes niveles y unidos por dos escaleras mecánicas, se preparan para una nueva jornada de trabajo. Como de costumbre, Antonio, el pescadero, es uno de los primeros en traer la mercancía a su puesto: pescados y mariscos que ha comprado poco antes en Mercamadrid. Su puesto tiene una posición privilegiada, con tres frentes por donde despachar có-

modamente, junto con Luis, su cuñado, todas las delicias del mar.

Enfrente está la frutería de Gerardo, aún a oscuras porque arranca más tarde. A su izquierda, la carnicería de su buen amigo Jesús y su adorable esposa Marisa. Matrimonio ya de una cierta edad, pero que con su alegría sabe dar una nota de humor al duro trabajo diario. Al lado opuesto, a la derecha, puede vigilar con gran facilidad otra nueva frutería. Ésta es de dos hermanos, Gabriel y José Luis, ambos muy serios, reservados y distantes del resto. Especialmente de su más directo competidor, Gerardo.

La cafetería, que se encuentra en la misma en-



trada, justo a la derecha de la pescadería de Antonio, pero fuera de su campo de visión, va a ser abierta en breve, dado que se escucha con toda nitidez el mover de sillas, la máquina de café calentándose, y la cotidiana discusión de sus dos propietarios. Son Joao y su novia María Teresa. Él de origen brasileño, pero afincado en España desde hace diez años, y ella natural de Sepúlveda, un precioso pueblo de Segovia. Abrieron la cafetería hace unos dos años y casi la totalidad de los tenderos y tenderas se lo agradece a diario con sus visitas y consumiciones.

A pesar de que todos están ansiosos por tomarse el primer café, lo primero es lo primero, y deben de adecuar convenientemente sus puestos de venta. Antonio ya ha empezado a colocar la mercancía, con su habitual orden enfermizo. Por un lado todo el marisco, colocado en cajas de corcho, donde son vecinos los langostinos de las gambas arroceras, ambos sustentados por una caja de mayor tamaño donde simpatizan cangrejos y bogavantes, estos últimos maniatados por unas gomas elásticas de color verde. Una espectacular pieza de atún, con la cabeza ya perdida, se muestra desafiante, alardeando con su carne roja, aunque no consigue amedrentar a un orgulloso emperador. Una batería perfectamente alineada de lenguados los escolta, seguida por cuatro o cinco truchas. Tres pulpos, una pequeña caja con boquerones, pescadillas de diversos tamaños y una cesta negra con una buena cantidad de mejillones y otra más pequeña de chirlas y almejas. Todo está listo. Ahora toca el café y un rato de charla con Joao, en la barra.

Gerardo, por su parte, lleva diez minutos organizando su fruta. Comenzando por las manzanas, las Golden a la derecha y las Reineta a la izquierda, bien separadas para que no se hagan competencia y en un bloque formado por diez filas con ocho de fondo. Lo curioso es la composición de la pirámide final. En las más lejanas a él y, por tanto, más próximas a los compradores van situadas las más relucientes y hermosas, quedando por su lado un espacio

perfecto donde colocar aquellas piezas que tendrían peor salida. Obviamente las va alterando.

Dos cajas repletas, pero escrupulosamente colocadas, de fresas y fresones, seguidas por unos kiwis, a los que suele dar muy buena salida. Ahora le toca el turno a las peras, tomates –de racimo y para ensalada–, melocotones, nectarinas y demás. La verdura la tiene ubicada a su espalda, soportada por dos filas de estanterías. No es demasiado el espacio con el que cuenta, pero lo tiene aprovechado al máximo.

En ese momento Antonio pasa a su lado y Gerardo, con un gesto que parece entrenado, le saluda con un leve movimiento de cabeza. Pero Antonio ya sólo tiene ojos, oídos y muy especialmente olfato para un café.

–Buenos días, brasileño –saluda Antonio al entrar en la cafetería, observando que es el primer cliente del día.

–Hola Antonio, ¿cómo va todo? –contesta Joao, mientras va colocando las tazas sobre la cafetera. Las cuatro mesas ya se encuentran debidamente vestidas con un mantel de papel color rojo, un servilletero de Coca-Cola y una aceitera.

–La misma mierda de siempre, macho. Ya no sé qué decir a mi cuñado Luis para que venga a su hora. Estoy harto de madrugar, pelearme por el puñetero pescado y después colocarlo. Esto es un negocio, y si voy a ser yo el único que ponga interés...

–Creo que tiene mucha suerte de que estés casado con su hermana –comenta entre dientes Joao, sin mirar directamente a los ojos de Antonio.

Nada le gusta más al pescadero que ese penetrante olor a café recién hecho, que lo impregna todo, y Joao se apresura a servirselo, cortado como siempre, y en vaso, que es como le gusta a su cliente. Dos azucarillos acompañan a la cuchara en el pequeño platillo. María Teresa hace su aparición por la puerta que da acceso a la cocina y despensa del local. Lleva puesto un largo mandil con lunares rojos sobre un fondo negro, y por debajo se adivina una camiseta



blanca. Unos pantalones vaqueros muy gastados y unas zapatillas de deporte, a todas luces muy cómodas, completan el atuendo.

—Hola Tere —dice Antonio antes de apurar el último sorbo de aquella delicia—. Joao, amigo, cóbrame que debe de estar a punto de llegar Gerardo, y ya sabes el morro que le echa. Todos los días me saca más de una consumición.

—¿Cómo es eso que siempre dices? —interroga Joao entre risotadas y golpeando con el puño derecho la barra.

—Que se le cae antes un ojo que cinco duros —responde Antonio. Ahora las risas se han contagiado, participando también Tere y un par de clientes más.

Faltan muy pocos minutos para que den las ocho, y va siendo hora de ultimar los más ínfimos detalles en los puestos. En breve empezarán las clientas a entrar, seguidas por sus carros de compra, y con una dosis de urgencia desquiciante. Antes de ello, Antonio se acerca al puesto de Jesús y su esposa para saludarles. Se apoya en el escaparate, como observando las viandas que allí se exhiben, y esgrime la mejor de sus sonrisas antes de dirigir la palabra a su gran amigo.

—Jesusetete, ¿cómo se presenta este miércoles? Te estuve esperando en la cafetería, pero viendo que no aparecías...

Jesús le devuelve la mirada, pero la suya es de tristeza. Son ostensibles las ojeras que circundan sus ojos, dibujando un cuadro de angustia y ansiedad que no pasa inadvertido para Antonio. Se conocen desde hace más de 25 años, y son pocas las cosas que se tienen que contar que sus miradas no sean capaces de traducir.

—Hola Toni —le contesta con una voz entrecortada—. Apenas he pegado ojo esta noche. Bueno, ni yo ni Marisa. Hemos tenido que ir a urgencias.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado? No veo que te acompañe hoy Marisa. ¿Va todo bien? —le interroga Antonio, cambiando la anterior sonrisa por un inevitable gesto de preocupación.

—No, nada va bien, querido amigo. Nada va bien —le contesta Jesús.

Sus ojos ya no pueden aguantar más y dan rienda suelta a las cautivas lágrimas. Inconscientemente, o quizá no, se retira y da la espalda a Antonio. No desea que su amigo le vea llorar, contemple su amargura y observe cómo se viene abajo. Siempre ha sido bastante orgulloso, ofreciendo a los demás un aspecto de tipo que puede con todo, que no hay mala situación que él no sea capaz de afrontar con gran entereza. Pero hay cosas y cosas..., y tratándose de Marisa todo cambia.

Un enorme bigote —ya canoso— es lo primero en lo que uno se fijaría al mirar al rostro de Jesús. De ojos muy negros, enmarcados por dos cejas —que casi podrían ser una— también blancas y en exceso largas, una nariz prominente, con los orificios nasales redondos y muy anchos y por donde se asoman unos muy poco atractivos pelos.

Pero sin duda es la estatura lo que más llama la atención. A duras penas consigue pasar de los 165 centímetros, aunque detrás de la vitrina de su carnicería y subido a los tablones de madera que tiene dispuestos en el interior, le confieren una imagen muy distinta. Casi se podría decir que de poder. A fin de cuentas le permite mirar a la clientela desde su "púlpito".

El gran recinto empieza a atestarse de personas, presurosas, corriendo de puesto en puesto, lo que impide, de momento, continuar con la conversación, dejando el tema en espera.

En la pescadería ya se arremolina un buen número de personas. Conversan entre ellos, aunque un par de señoras parecen discutir por el turno. Es el pan nuestro de cada día, nada nuevo.

—Buenos días, doña Luisa. ¿Qué le pongo?

—¿Cómo están hoy los boquerones? Es que los que me diste la semana pasada... —dice la primera clienta, moviendo la cabeza de un lado para el otro—..., no le gustaron nada a mi hijo, y me tocó tirar la mitad.

Con el raballo del ojo Antonio, sin poder evitarlo, no para de echar un vistazo a su vecino de la izquierda. En este momento son cuatro las personas que esperan ser despachadas. Da la sen-



sación de ser un día como otro cualquiera. Jesús tan dicharachero como siempre, mientras va cortando lo que parece unas costillas. Nadie aprecia cambio alguno en el tendero, pero para Antonio no es necesario efectuar un psicoanálisis a su amigo para saber que algo va realmente mal. Su único pensamiento es que acabe el día, o que al menos les dé un respiro para poder terminar la conversación interrumpida. Pero van a dar las 13:00 horas, seguramente el momento de mayor afluencia en todas partes. El mercado tiene toda la apariencia de un inmenso hormiguero alborotado. Un hilo musical compuesto de palabras inconexas, voces fuera de lugar, risas contagiosas y alguna que otra discusión sin importancia.

Es de agradecer la mucha clientela que tienen hoy tanto Antonio como Jesús. Ya no tanto por cuestiones económicas, sino más bien por tener las mentes ocupadas en trivialidades. El primero por no seguir con la preocupación que se ha despertado en su corazón, y para el segundo por no recordar la fatídica última noche. Aunque el simple hecho de la ausencia de su parienta impide que se desvanezca del todo la tristeza. Su corazón a ratos se acelera y a ratos pareciera haberse parado.

Entre lenguados, gallos y más productos marítimos, la mañana va tocando a su fin. Normalmente sería el momento de empezar a reponer y organizar la mercancía a la espera de la tarde, pero las prioridades hoy han variado sustancialmente. Ya habrá tiempo para eso. En el peor de los casos solo implicará comer un poco más tarde que de costumbre. Ahora, para Antonio, lo más urgente es acercarse a Jesús. Hablar con él.

–Bueno, Jesús... Ya nos hemos hecho con el miércoles. Ahora quiero que vengas, sí o sí, conmigo a la cafetería o donde quieras. Deja el mandil y los guantes, que tenemos que hablar. Con mucha parsimonia, como si el frenar todos sus movimientos fuera a impedir que las cosas ocurrieran, empieza a quitarse unos guantes que le dan aspecto de caballero medieval con su cota de malla. Con posterioridad deja su

mandil de rayas verdes y negras. Pero antes de acompañar a su amigo se concede unos segundos, apoyado sobre la madera donde tan diestramente corta sus piezas de carne. Y respira hondo.

–Teresa, por favor, pon dos cañas. ¿O prefieres otra cosa? –pregunta Antonio a su acompañante.

–No, una caña estará bien.

–Bueno, ahora quiero que me cuentes qué es lo que le ocurre a Marisa. Me tienes muy preocupado.

–Lamento no habértelo contado antes –comienza Jesús–. Hace un mes, más o menos, tuvo que realizarse un chequeo porque no se encontraba con fuerzas. Y ya sabes cómo es Marisa, que para quejarse tiene que estar realmente mal.

–¿Y qué dicen esos análisis? –pregunta Antonio con un nudo en la garganta. Sabe que no serán buenas las noticias que escuche a continuación.

–Le han diagnosticado leucemia. ¡¡Leucemia, Antonio. Leucemia!! No soportaría que se me muriera el rostro de Jesús es un compendio de angustia, dolor, impotencia y una tristeza que le aprisiona el alma. Es incapaz de abrir los ojos.

–Pero tendrá algún tratamiento, ¿no? La medicina ha avanzado mucho y no debes perder la entereza. Seguro que Marisa es lo que precisa, una persona que la apoye.

–No sé qué hacer, amigo. Quisiera estar en cada momento a su lado, pero ¿qué hago con el puesto?

–Para empezar quiero que te centres en tu parienta. Ahora debes estar a su lado, y lo demás es secundario. Así que ya me estás dando las llaves de la carnicería. Buscaré una solución, no te preocupes, pero te quiero lejos de este mercado, ¿entendido?

El rostro de Jesús cambió de expresión radicalmente. Daba la sensación de haber soltado una gran cantidad de lastre. Su media sonrisa transmitía, a la vez, agradecimiento y un cariño inmenso por Antonio.



—Cuando cerremos hoy te paso las llaves. A fin de cuentas hasta mañana no empiezan con las pruebas para un posible autotrasplante —dijo Jesús, bajando mucho la voz. No deseaba que su problema se trasladara al resto de tenderos, algunos de los cuales estaban en ese momento en la cafetería.

—Perfecto, Jesusete. Así me gusta. Y levanta el ánimo, que todo irá perfectamente —sentenció Antonio.

La afluencia de personas siempre decrece por la tarde, lo que la convierte en tediosa. A pesar de todo, el reloj llegó a las 20:00, momento oportuno para empezar a recoger el puesto, guardando los alimentos no vendidos en sus correspondientes cámaras. Y no es un trabajo menor. Ya durante la tarde Antonio fue hablando con los tenderos de mayor confianza, convocándoles para una pequeña reunión de urgencia. El tema: Marisa y Jesús necesitan ayuda. Entre las razones de peso y las excusas más variopintas fueron muy pocos los que se desmarcaron.

Y allí estaban. Gerardo y sus dos vecinos —los taciturnos— José Luis y Gabriel, Andrés el pollero, Joao y Tere, y así hasta una veintena de personas dispuestas a echar una mano a unos buenos compañeros. Incluso, y para sorpresa de muchos, estaba Esteban, propietario de una carnicería en la planta superior. Tenían a la competencia de su parte. Esto no podía salir mal. De ninguna manera. Cuando Jesús ya había abandonado la inmensa nave, Antonio les pidió hacer un corro y puso en antecedentes a aquellas buenas personas.

—Gracias por venir, amigos —comenzó Antonio—. No me voy a alargar mucho, que mañana todos tendremos que volver a madrugar. Y tampoco voy a entrar en detalles que ahora no son importantes. Sabéis que Marisa no se encuentra bien, y que Jesús precisa estar a su lado. He pensado que, entre todos, podríamos hacernos cargo de su carnicería.

Hizo una breve pausa. Quería comprobar cómo estaba siendo recibida la noticia, y sobre todo la propuesta. No sería sencillo que todos qui-

sieran involucrarse hasta donde hacía falta. No sólo habría que despachar cara al público —ese sería el menor de los problemas— también habría que ir reponiendo mercancía, y eso suponía enfrentarse en Mercamadrid con colegas desconocidos —si exceptuamos a Esteban—. Provisionar dos puestos no es tarea fácil. No obstante, todos los presentes asentían con cada frase de Antonio, y eso era mejor que bueno. Así que continuó con su plan.

—Esteban, como experto en carnicería, he pensado que podrías ocuparte de la compra de la mercancía. Nadie como tú para saber provisionar convenientemente. Jesús, antes de irse, me ha dejado unos fondos para empezar con nuestra labor. Si fuera necesario aportar más me lo dices, que yo me hago cargo.

—Cuenta conmigo, sin problemas —dijo Esteban—. Puestos a comprar, lo mismo me da pedir el doble de todo, pero necesitaré ayuda para el transporte. Mi camioneta no podrá con todo.

—No te preocupes por eso —dijo Andrés el pollero—. Si hay algo que tenga demasiado grande es mi furgoneta.

Evidentemente ese comentario hizo que se despertaran de su letargo las risas. El semblante habitual del pollero nunca hubiera hecho pensar a sus colegas que, detrás de aquel aspecto enjuto y melancólico, se escondiera una persona tan divertida. Fue un descubrimiento, sobre todo para aquellos que no habían tenido la suerte de conocerle mínimamente. Pero lo realmente importante era que parecía haberse solucionado uno de los múltiples problemas. Y eso a Antonio le llenó de regocijo. Eran fuerzas extras para acometer con éxito el proyecto inicial.

—Parece que tenemos solucionado buena parte de los problemas —dijo Antonio con evidentes signos de alegría.

—No vayas tan deprisa amigo. —interrumpió Joao, que se encontraba a su derecha, agarrado de la mano de su novia, Tere—. ¿Y quién será el valiente que se ponga a despachar? Que a fin de cuentas será el mayor de los retos —continuó el brasileño, mientras Tere le miraba con una



gran sonrisa. Su adorable acento portugués la había enamorado desde el primer día que le conoció.

—Creo que tengo algo importante que decir—dijo José Luis, uno de los hermanos fruteros y vecinos de Gerardo—. Durante unos años estuve de ayudante en una carnicería. De eso hace ya mucho tiempo, pero puede que mis manos aún recuerden cómo utilizar esos cuchillos, y cómo doblar y seccionar las piezas de carne. Sólo precisaría alguien que me echara una mano, aunque sólo fuera para cobrar y esas cosas. Admito que nunca he sido bueno para eso. ¿Verdad hermano?

—Jajajaja, sí, muy ducho nunca has sido con los números—contestó al instante Gabriel.

—Contad conmigo—dijo Tere mirando fijamente a los ojos a su novio, seguramente en busca de su beneplácito—. Si no os importa, ser un poco más pacientes y no agobiar a Joao...

—Entonces ya tenemos quien vaya suministrando el género, quien lo transporte y quien lo despache, incluso con ayuda para el tema de los dineros—dijo Antonio—, he estado revisando sus cámaras, y de momento no será preciso acercarse a Mercamadrid. Si te parece, Esteban, mañana, a última hora, cuando vayamos a cerrar, volvemos a echar un vistazo y vemos si es necesario efectuar compras. Tú entiendes mucho más que yo de eso, y supongo que habrá que reponer ciertas piezas, con el fin de que sean frescas, ¿no?

—Sí, no te preocupes que mañana vemos cómo tiene Jesús el tenderete—dijo Esteban.

Allí estaban a la mañana siguiente, con las habituales caras de sueño, pero con gran ilusión por ayudar a un compañero en apuros. Increíblemente, incluso Luis, el cuñadísimo de Antonio, había madrugado y llegado a una hora más que razonable. Poco antes de las 8:00, Esteban y José Luis ya tenían perfectamente montado el puesto de Jesús. A los diez minutos apareció Tere, que con sus 170 centímetros de altura, unos vaqueros ceñidos y una sufrida camiseta, se presentaba con muchos ánimos e ilusionada para desempeñar su labor. Gerardo se ofreció

para ayudar en el montaje de la frutería de Gabriel y su hermano, ya que éste se estaba dedicando en exclusividad a la carnicería, siempre siguiendo los consejos de Esteban. Y Antonio los contemplaba a todos ellos con un rostro de indudable sorpresa e incredulidad.

Durante los siguientes quince días, Antonio no dejó pasar una sola noche sin llamar a Jesús y preguntarle por el estado de Marisa. La operación quirúrgica, amén de lo extremadamente peligrosa que era en sí, venía acompañada de una larga y complicada recuperación, así como de las periódicas revisiones, que en la mayoría de los casos eran, en extremo, desagradables.

Habiendo pasado ya dos meses largos, y dentro de una jornada enloquecedora de viernes—como todos— donde no paraban de entrar amas de casa, como un pequeño pero incesante goteo, recibieron la mejor y más inesperada de las visitas. Pero habrían de pasar unos minutos hasta que fueran conscientes de ello. En la carnicería, que ahora se había convertido en el fortín de José Luis, se agolpaban seis personas a la espera de ser servidas.

—¿Quién es el siguiente?—dijo José Luis.

—Nosotros—contestó el único de los hombres que componía el grupo, y que venía acompañado de una señora. Ponme unos filetes de ternera, pero no los quiero demasiado finos, ¿eh? Y que me salgan jugosos.

—No se preocupe caballero. Le pondré de esta pieza, que son increíblemente tiernos. ¿Cuántos le pongo?

—Yo creo que con 10 kilos será suficiente—comentó con una enorme sonrisa en la cara.

José Luis se quedó parado al instante, y con un impulso inevitable no pudo evitar el contemplar a su contertulio, desde los pies a la cabeza. Y su asombro y sorpresa fueron en aumento al descubrir de quién se trataba.

—¿Jesús? ¡¡Dios Santo!!—levantó inconscientemente la voz—, ¡Amigos, que tenemos aquí a nuestro hijo pródigo!—y apartando la mirada hacia la pescadería de Antonio, que ya había empezado a darse cuenta de que algo importante pasaba, le vociferó a éste—, ¡¡Antonio, mi-



ra quién ha venido!! Ya tenemos a Jesús entre nosotros.

Todos los puestos adyacentes frenaron sus habituales quehaceres, con la consiguiente sorpresa de las personas que esperaban estoicamente a ser despachadas. Pero la ocasión lo merecía.

–Jesús, amigo –dijo Antonio al contemplar a su gran amigo, casi oculto entre las clientas–, qué alegría verte por aquí. Pero veo que no vienes solo. ¿Marisa? ¿Eres tú, Marisa?

–Sí, Antonio, soy yo –contestó la esposa de Jesús–. ¿Qué haces que no vienes a darme un abrazo?

Todos se arremolinaron alrededor de la pareja, no dejando de estrechar la mano de Jesús y de dar un dulce abrazo a Marisa. Había sido muy dura la enfermedad que empezaba a superar, y de hecho incluso había ganado unos kilitos, presentando un inesperado buen aspecto. Pero no era cuestión de agobiarla.

Después de haber saludado a sus compañeros de faena, Marisa se cogió del brazo de su esposo, tirando de él, mientras levantaba el otro brazo en un inconfundible deseo de ser escuchada.

–Amigos –comenzó Marisa–, no sabéis lo que mi marido y yo os agradecemos a todos lo que habéis hecho por nosotros. Cuando se está sufriendo, y no estoy hablando de mí en estos momentos, es cuando se siente con mayor fuerza la generosidad de los demás, de vosotros.

Las lágrimas, inevitablemente, empezaron a brotar de sus ojos, descendiendo por sus mejillas y, alguna que otra, distraídamente por su tabique nasal, quedando suspendidas en la misma punta. Jamás Jesús había sentido tanto amor por aquella persona. De buena gana la hubiera cubierto con sus brazos protectores y se la habría comido a besos. Pero eran momentos para dedicárselos a sus amigos, a sus grandes amigos.

Antonio creyó que era el momento de intervenir.

–No tenéis nada que agradecemos. En todo caso seremos nosotros los deudores. Solo tenéis que echar un vistazo a vuestro alrededor, queridos amigos –Antonio se estaba emocionando más de lo que esperaba, pero continuó–. Habéis conseguido que Luis, mi cuñado –al que pasó el brazo derecho por los hombros– sea puntual, colabore, tanto en nuestra pescadería como en vuestra carnicería, hasta el punto de sentirme orgulloso de él. Gerardo y Gabriel ahora son inseparables. ¡¡Sí, inseparables!! Ahora nos cuesta distinguir qué frutería es de cada uno. Esteban, que aquí lo tenéis –hizo un gesto para que éste se adelantara–, ha estado espectacular a la hora de suministrar tus cámaras. Hemos descubierto que María Teresa, además de una gran cocinera, es fantástica a la hora de cobrar. No sabéis cómo maneja los euros. Y Joao, entre tanto, sacando adelante la cafetería él solo. Y el gran descubrimiento con José Luis, que nos volverá a costar trabajo el verlo despachar naranjas o patatas, porque cómo maneja los cuchillos y las carnes... En fin –suspiró hondamente Antonio, dándose un pequeño respiro después de tan largo discurso–, que os queremos.

Como un rayo, Joao desapareció y volvió a reaparecer, pero con tres botellas de sidra en sus manos, y una ristra de vasos de plástico bajo el brazo.

Una señora, que acababa de llegar, cogió del brazo a Gerardo enfurecida y le dijo:

–Pero Gerardo, ¿me quieres despachar, por favor? Que hoy tengo mucha prisa. ¿Qué diablos estáis celebrando?

Gerardo se volvió muy lentamente, y mirando fijamente a la señora, mientras ofrecía la mejor de sus sonrisas, le dijo:

–Celebramos que hoy, por fin, es un día más.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Puente de Vallecas. Madrid.**

